

Existen ya abundantes estudios que muestran la relación entre el deterioro de los ecosistemas y la pérdida de biodiversidad con la aparición de pandemias. A esto hay que sumarle que en el mundo mueren cada año siete millones de personas por la contaminación atmosférica, y que muchos de los contaminantes que se encuentran en el agua y la tierra entran en nuestro cuerpo a través de la alimentación. Esto no es nada nuevo, lo sabíamos y hoy se corrobora: nuestra salud depende de la del planeta. La pandemia nos ha hecho ver también que somos seres interdependientes. En un mundo globalizado como en el que vivimos, ya no solo los flujos financieros, el comercio o la información fluyen de punta a punta del globo. Un virus que, al parecer, se manifestó por vez primera en China, ha sido capaz de poner contra las cuerdas a todo el planeta en apenas 100 días. Las personas, las sociedades y los territorios somos dependientes unos de otros. De ahí que los desequilibrios en unas zonas vayan a afectar también al conjunto. Por otro lado, tras décadas proclamando que vivimos en la sociedad del conocimiento, este ha mostrado sus límites

“*Las carencias de nuestra sociedad han salido con fuerza a la luz cuando la covid nos ha puesto frente al espejo.*”

ante un virus nuevo con un comportamiento que se nos antoja enrevesado y difícil de comprender. Tenemos mucho conocimiento, cierto, pero no tanto como para no saber lo que no sabemos, y ahí se abre un mundo de posibilidades. Estas tres características deben aplicarse al desarrollo rural para que sea capaz de aprovechar las oportunidades que, paradójicamente, puede traer esta pandemia. Si la sostenibilidad ambiental por la salud del planeta es un imperativo, especialmente importante lo es en el medio rural, donde se concentran buena parte de los recursos que necesitamos para vivir: ríos vivos con agua segura y de calidad, tierras sin contaminantes que sean capaces de dar los alimentos más sanos, bosques que permitan regenerar el aire, captar CO₂ y tener una atmósfera más limpia, etc. Todo ello, convertido, además, en generador de economías que permitan mantener la vida. Si la interdependencia se ha mostrado a las claras en la esfera global, no debe ser menos en el ámbito local. Mirando a España, por ejemplo, el enorme desequilibrio de población que existe supone poner unos territorios al servicio

LA VISIÓN DE...

Texto: Cristina Monge / Fotografía: Noemí del Val

La pandemia vista como una oportunidad para el desarrollo rural

La pandemia nos ha cambiado la vida: en unos casos, con aspectos nuevos e inesperados y, en otros, acelerando y amplificando tendencias que ya existían previamente. La covid-19 nos ha enseñado que somos sociedades ecodependientes, interdependientes y mucho más ignorantes de lo que pensábamos; y ha puesto en jaque nuestra economía, evidenciando hasta qué punto dependemos de la biosfera. Nuestra salud es una variable dependiente, en buena medida, de la del planeta, sobre todo para aquellos sectores que son más vulnerables. El desarrollo rural no es ajeno a estos cambios, incluso algunos de ellos pueden ser vistos como una enorme oportunidad.



CRISTINA MONGE

Profesora de la Universidad de Zaragoza

de otros, de forma que unos se convierten en productores y otros, en consumidores. Si para los primeros son conocidos los problemas que esto acarrea, para los segundos no lo son menos, como se ha comprobado al ver la vulnerabilidad que supone, por ejemplo, carecer de medios para producir alimentos y depender del comercio con el exterior. En los peores momentos de la pandemia, ¿quién no ha pensado qué pasaría en los comercios de alimentación si hubiera que cerrar las ciudades a toda entrada de mercancía?

Finalmente, necesitamos más y mejor conocimiento que nos permita entender no solo el virus, sino también las carencias de una sociedad que han salido con fuerza a la luz cuando la covid nos ha puesto frente al espejo. El desarrollo rural tiene ahí una enorme oportunidad para convertirse, en alianza con universidades y centros

Cristina Monge es politóloga y analista, profesora asociada en la Universidad de Zaragoza, la misma en la que se doctoró. Realizó másteres y cursos de especialización sobre la Unión Europea, participación ciudadana, comunicación política y gerencia de las ONG. Es autora del libro 15M: Un movimiento político para democratizar la sociedad. Comentarista habitual en medios como El País, la Cadena Ser e Infolibre, es asesora de la Fundación Ecología y Desarrollo (ECODES), y miembro del consejo asesor de la Fundación Renovables.

de investigación, en generador de un valioso conocimiento que permita poner en valor los beneficios que tanto el mundo rural como el urbano obtendrían de una política de equilibrio territorial.

El plan de recuperación aprobado en la Unión Europea, denominado **Next Generation EU**, hace de lo verde uno de los ejes transversales para modernizar la economía. El desarrollo rural tiene una enorme oportunidad de demostrar todo su potencial apostando por la sostenibilidad, creando alianzas de territorios para gestionar la interdependencia y redes que permitan tener más y mejor conocimiento. En ello, nos va la vida. A todos y todas. ■